



Reflejos Jubilares

del
SACERDOTE

MUNGUÍA
JOSÉ CASTO ISLAS

México Julio 26 de

1904

Q7297

I8

4

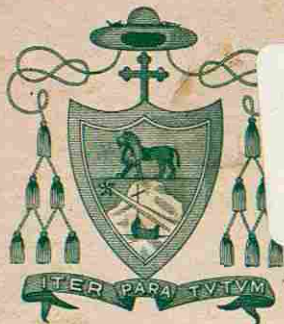
LA EMPRESA MEX

PQ 7 2 97

.I 8

B4

03141



1080019331

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

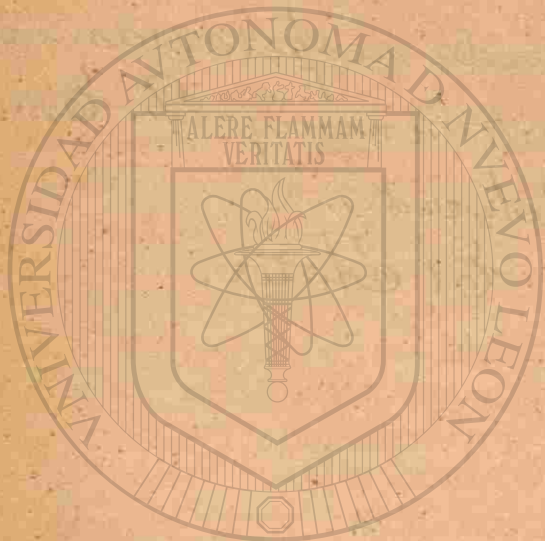
40449

*Dedicado respetuosamente
al Señor Canónigo D. Eme-
terio Valverde.
El Tutor.*

PQ 7297

. I 8

. R4



BIENESTAR
DE Y TELLEZ



I

Hay en la vida del hombre
fechas que son monumentos,
erigidos en las cumbres
de los humanos recuerdos.

Huellas de nuestra existencia
que van quedando en el tiempo,
como faros que iluminan
los más salientes sucesos.

II

En fechas por prelación
ocupa el lugar primero,
aquella en que nuestros ojos
por primera vez se abrieron
á los deslumbrantes brillos
de las miradas de Febo.

En el cielo de la vida
esta fecha es el lucero

003141

que nos recuerda la aurora
en cuyas gasas cayeron,
como rosas en botón,
nuestros suspiros primeros.

De aquí arranca que cada año
al llegar la saludemos
con homenajes festivos
y festivos amenos.

III

Otra fecha inolvidable
de distinguido abolengo
y de social transcendencia
es aquella en que ambos sexos
á dos personas adunan;
las que al trocar sus deseos
en santas aspiraciones,
sobre el ara de Himeneo,
al pie de un altar de rosas,
júranse amor duradero
y duradera lealtad;
y fundan un hogar nuevo
con una nueva familia
que ingresa al mundo, cumpliendo
al dar sus preciados frutos,
con el divino precepto.

Y aunque los años trasciendan

esposos cultos y serios
con bodas de plata y oro
solemnizan placenteros
esta fecha inextinguible
en los anales domésticos.

IV

Sobre estas fechas hay otra
en la cual brillan reflejos
de los ángeles que á Dios
ofrecen allá en el cielo,
en sus incensarios de oro,
el aroma del incienso;
y de los nobles ancianos
que trémulos de respeto
deponen áureas coronas
ante el solio del Cordero.

A esta fecha alumbra el día
en que alguien por gracia electo
de su Obispo el sacerdocio
recibió en un sacramento,
que con buril de diamante
en el alma graba el sello
de un carácter indeleble,
como distintivo eterno.

Y en tanto que esto se hace
una voz con dulce acento,

la voz de la Santa Iglesia,
que es del sacerdocio el estro,
dice al dichoso ordenando:

Sé casto como aquél gremio
que en el cielo por doquier
al Cordero va siguiendo;
alaba á Dios en el día
siete veces con tu rezo
como le alabó David,
que es de alabanzas modelo;
obedece á tus prelados
con espíritu sincero,
no pongas dificultades
á la acción de su gobierno.

Y dócil el que recibe
el sacerdocio á todo ello
contesta sumisamente
estar conforme y de acuerdo.

V

Como el águila su nido
sabe tejer en los huecos
de rocas inaccesibles
baluartes de sus polluelos,
así el sacerdocio teje,
en el punto más secreto
del alma del ordenando

el carácter, nido célico,
en el que incuban poderes
que abaten todo criterio.

Este levita ya tiene
facultad de hacer el cuerpo
y sangre de Jesucristo;
y de conceder discreto
de las culpas el perdón
al pecador que dispuesto
con contrición y humildad
lo implora con santo anhelo.

De conducir el Viático
hasta el doloroso lecho,
do se encuentra algún cristiano
en sus últimos momentos.

De aplicar la Extremaunción
al que gravemente enfermo
de sus culpas da señales
de gran arrepentimiento.

Dar la ablución baptismal
que abre las puertas de acero
para que entren á la Iglesia
los que el crisma recibieron.

Predicar en todas partes
la verdad del Evangelio,
regla de buenas costumbres
y luz del entendimiento.
Autorizar matrimonios,

y colocar en su seno
las bendiciones nupciales
que manda el canon de Trento.

Dar bendiciones solemnes
á distinguidos objetos
destinados á los fieles
y servicio de los templos.

Distribuir la Eucaristía
abriendo paso en los pechos
á la mística visita
del Divino Nazareno.

Comunicar indulgencias
á los vivos y á los muertos:
para los vivos son saldos
que abonan al Juez Supremo;
para los muertos fragancia
de inefable refrigerio.

A su facultad incumbe
santificar los sepelios,
dar bendición á las criptas
y dejar sobre los restos
las flores de las plegarias
y el suave olor de los rezos.

Estas son las facultades
del sacerdocio en concreto,
sus grandezas sólo caben
en un campo más abierto.

VI

En la Iglesia hay jerarquías
y Jesucristo es su centro
representado en la tierra
por sucesores de Pedro.

Los obispos por sus grados
de dignidades y ascensos,
de este centro alrededor
giran con fácil concierto,
como planetas que al sol
siguen en sus movimientos.

A su vez los sacerdotes
en sus distintos empleos
al ejercer sus funciones,
activos van recorriendo
en torno de sus obispos
la órbita que el ministerio
sacerdotal en su escala
asigna á cada uno de ellos.

Alta significación,
en este hermoso congreso,
tiene ver que el sacerdocio
figura en todos sus miembros.

VII

El sacerdocio es la luz
que en horizontes extensos
se difunde y civiliza
á los salvajes más fieros.

Elemento poderoso
de lo santo y de lo bello
es el alma de los cultos
que la Iglesia en nuestros templos
con esplendorosa pompa
ofrece á Dios verdadero.

Es manantial cristalino
derivado de los cielos
cuyas misteriosas aguas
sirven de eficaz remedio
para quitarnos la mancha
del pecado en que nacemos.

Es perdón que las cadenas
rompe de los prisioneros,
que atados á su carroza
se lleva el rey del averno;
y dejan de ser esclavos,
quedando libres y absueltos
de culpas y pena eterna,
ante el Dios de los Ejércitos.

Es céfiro que en las frondas

de la Iglesia tiende el vuelo,
y el aroma y los rocíos
que ha recogido en los huertos
de la celebrada Sion,
va en las almas esparciendo
en forma de indulgencias
con los piadosos intentos
de que á las que son viajeras
sirvan de grato refuerzo
y á las que están compurgando
de celestiales consuelos.

VIII

De Jesús en el cenáculo
el sacerdocio es un eco,
que al repercutir en la ara
la misa alcanza su efecto
y surge la Eucaristía
con su cauda de misterios.

Sobre el pan y sobre el vino
repite con santo miedo
las palabras que en la cena
formuló el Divino Verbo,
al instituir el más santo
de todos los sacramentos.

Y los ángeles se asombran
al ver se convierte en cuerpo

el pan, y el vino en la sangre,
de aquél, que con este invento,
logró vivir con los hombres
para siempre en este suelo.

Y esto arrollando imposibles
con pasmo del universo,
pues volvió otra vez al Padre
y permanece en su seno.

Como el ave alimentaba
al profeta del Carmelo,
el sacerdocio á las almas
da espiritual alimento
en forma tan milagrosa
que, sin ser el pan diverso,
lleva al gusto los sabores
de todo deleitamiento.

Es sucesión admirable
de sacerdotes sin cuento,
cuya serie no interrumpen
ni feroces carceleros,
ni verdugos, ni cadalsos,
ni las furias del infierno;
porque es de Melquisedec
en el orden más perfecto
el sacerdocio que tiene
la eternidad por linderos.

Es en su pluralidad
de la fe aguerrido ejército;

venció al pagano, al hereje,
al filosofismo ateo. . . .
hoy mismo libra batalla
al sensualismo moderno,
que amenaza aniquilar
la moral y sus cimientos.

Es un mundo de volcanes,
y son tan vivos sus fuegos
que en los grandes pecadores
liquidan todos los hielos
y funden todas las rocas,
repitiéndose el portento
de Saulos y Publicanos
hechos Pablos y Mateos.

Es alfa cuando bautiza,
porque viene presidiendo
de aquellos que regenera
su espiritual nacimiento.

Y omega al circundar
á las almas que se fueron
de fervorosas plegarias,
como de coros angélicos,
que las siguen en su viaje
y las sirven de cortejo.

¡Hermoso es el sacerdocio
y nobles son sus diversos
oficios, que por sublimes,
más que humanos son angélicos,

más que angélicos divinos;
 su origen está en el cielo
 en el corazón de Dios,
 y sus alcances benéficos
 se extienden como la vida
 en el espacio y el tiempo,
 abordando lo infinito
 y radicando en lo eterno!

IX

Si el sacerdocio abrillanta
 con prismáticos destellos
 la fecha en que lo recibe
 algún hijo predilecto,
 hay otra fecha tan grande
 como es grandioso el suceso
 que despierta en la memoria
 con vivísimo recuerdo.

Recuerdo que evoca el día
 en que un sacerdote nuevo
 cantó su primera misa
 y presentó al Dios Supremo
 la víctima del calvario
 en el sacrificio incruento.

Como el cielo de los valles
 en una noche de invierno,
 en los cristales del lago

reproduce sus luceros,
 así la misa primera
 con su cielo de portentos
 se reproduce en su fecha
 como en luminoso espejo.

Y tiene en plazo remoto
 de diez lustros nada menos,
 cuando ya el misacantano
 ha llegado á ser tan viejo
 que está próximo al sepulcro,
 el excepcional derecho
 de segunda cantamisa,
 que en lenguaje más correcto
 nuestros abuelos nombraron
 Sacerdotal Jubileo.

¡Qué sorpresa! En esta cima
 tan encumbrada me encuentro. . .
 ¡No hay en ella ningún joven;
 la ocupamos sólo viejos!

X

¡Habéis visto alguna vez
 cómo el cansado viajero
 busca lugar apropiado
 para reponer su aliento,
 y lanzando hondo suspiro
 mira con creciente anhelo

las distancias recorridas
en prolongados senderos?

Así yo desde esta altura,
donde templan aires frescos
las fatigas del camino,
recorro en mi pensamiento
las jornadas que he avanzado
en quince lustros que cuento.

Fué en mil ochocientos treinta,
en el mes que es el más bello
de los meses por sus flores,
cuando hice al mundo mi ingreso,
y mis primeros respiros
fueron de aires toluqueños.

Mi infancia creció en la escuela
y joven ya en un convento
de frailes, sin serlo yo,
cursé con sabios maestros
el idioma de Virgilio.

De allí, en calidad de externo,
hice mis preparatorios
estudios en el colegio
por el gobierno fundado
en el Estado de Méjico.

Abordé la capital
al perder mi hogar paterno,
y pude en el Seminario
alcanzar con poco esfuerzo

un lugar, y allí cursé
con infatigable empeño,
de las ciencias eclesiásticas
las bastantes á mi intento.

Conté doctos catedráticos,
hombres de ciencia y consejo,
que en saber fueron lumbreras
y en virtud claros ejemplos.

Vistieron mi alma de luces
y la llevaron al puerto
de la vida espiritual,
que es la vida de los buenos.

XI

A los pies de un noble anciano,
sabio de mucho provecho,
ilustre Dr. D. Lázaro
de la Garza y Ballesteros,
Arzobispo inolvidable
de la capital de Méjico,
recibí Prima Tonsura,
y las cuatro que el derecho
titula Ordenes Menores.

Aunque con avance lento
pasaron los intersticios
y recibí satisfecho
las dos Ordenes siguientes.

Faltaba el grado tercero
que al fin vino á realizar
mis juveniles ensueños.

Era una hermosa mañana
perfumada con los besos
de flores del mes de Mayo
del año mil ochocientos
cincuenta y cuatro, y fué entonces
que el mismo Prelado egregio,
bajo una lluvia de gracias
y divinos privilegios,
me confirió el sacerdocio,
que cual un astro de fuego
dejó en mi alma su retrato
y su calor en mi pecho.

Después. . . . mi primera misa,
divino acontecimiento,
beatificación gloriosa,
semejante á la que vieron
en el Tabor asombrados
Jacobo, Juan y San Pedro.

Todo aquí escapa á lo humano,
se suspende el pensamiento,
la conciencia se anonada,
lo absorbe todo el silencio,
plega sus alas la vida,
la fe enralece sus velos
y Jesucristo aparece

sobre el altar repartiendo
á las almas los tesoros
de sus infinitos méritos.

Yo descendí del altar
dando golpes en mi pecho;
me confesé pecador
como el centurión Cornelio
al descender del Calvario,
y como él fuí repitiendo:
Era el que posó en mis manos
de Dios Hijo verdadero.

XII

Esto pasó siendo joven,
su huella queda muy lejos;
cincuenta años de fatigas
en difícil ministerio.

Treinta años he sido Cura,
en la sierra algunos de ellos,
donde por lo laborioso
solía duplicarse el tiempo.
Serán doce mil bautizos
los que conferidos llevo.

Las confesiones de sanos,
sin las siete mil de enfermos,
pasan de veintiocho mil.

Misas, más bien más que menos
veinte mil he celebrado.

A quince mil los entierros
sin duda aborda el guarismo.

Sermones tres mil doscientos
hasta hoy llevo predicados.

Y serán, como todo esto,
en aproximada suma,
cinco mil los casamientos,
autorizados por mí
en un lapso tan extenso.

Y como poco después
de mi delicioso acceso
á los altares triunfó
el Plan de Ayutla funesto,
mi carrera fué penosa
y salpicada de riesgos
por los partidos que á muerte
sostenían terrible duelo.

Ni en el idioma hay palabras,
ni tintas en el espectro
para pintar con colores
los horribles sufrimientos
que en esa época macabra
tiranizaron al clero,
singularmente á los curas
de poblados indefensos.

Humillaciones, despojos
con la burla de reintegro,
amenazas insolentes
de matones guerrilleros;
pernoctar en los barrancos
sin disponer de alimentos;
vagar errantes en montes
y á pie atravesar desiertos;
todo esto se hizo vulgar
por ser de cada momento.

Pero á veces la borrasca
multiplicaba sus truenos,
agigantaba sus olas
y se producían siniestros.

Entonces perdí un hermano,
cuya muerte hasta hoy lamento;
sin piedad lo asesinaron
criminales bandoleros.

Y aunque tamaña desgracia
me sumió en dolor intenso
Dios me infundió fortaleza
y no abandoné mi puesto.

Antes bien seguí el camino
de esforzados compañeros
que en el púlpito y la prensa
á la impiedad combatieron.

Y cuando recio ciclón

derribaba monasterios,
la integridad de costumbres
sostuvimos con denuedo.

Y cuando el orden social
vino abajo con estruendo
y nuestras voces de alerta
ya no escucharon los pueblos,
porque entre ellos y nosotros
aleves interpusieron
los odiosos jacobinos
las cárceles y destierros,
y hasta el hacha del verdugo
reflejando en nuestros cuellos,
acudimos al baluarte
inaccesible del fuero
interior de la conciencia,
donde con ingente celo
cuidamos no se apagara
de la fe el sagrado fuego.

XIII

Al ver hoy la diferencia
de tiempos y los progresos
esplendurosos del culto
me he preguntado en secreto:
¿Algunos de estos hermosos
y deslumbrantes incendios

serán acaso expansiones
agrupadas en los templos,
de las chispas que mis manos
en otra época escondieron?

¡Pero á dónde me conduce
la lógica de los hechos!
¿Intento acaso pintar
gráficamente mis méritos?

Lo que intento es orientarme
y por ende con el dedo
en el mapa de mi vida
voy marcando el derrotero
que han recorrido mis años;
y con tan sencillo método
he llegado felizmente
á la fecha de mi objeto.

XIV

Como en la estación de Otoño
anuncia el planeta Véspero
el crepúsculo de Ocaso
y sus matices risueños,
así el veintiséis de Julio
del año mil novecientos
cuatro, pregona á mis puertas,
que mi festival postrero

está próximo á brotar,
como suele en el desierto
brotar solitaria flor.

Con este anuncio dispuesto
fuíme á un jardín primoroso,
elegante cementerio
de la Colonia Francesa,
en cuyo florido centro
yérguese hermosa capilla
gótica de estilo esbelto,
que por bella es el encanto
de nativos y extranjeros.

Y por ser su capellán
con la autoridad que tengo
dispuse un altar sencillo
y en él, con recogimiento,
presidido de diez lustros
cual de misteriosos genios,
celebré misa rezada
de carácter tan modesto,
que, á excepción de ayudante,
no hubo otro acompañamiento.

Y con todo, de mi misa
primera fué el quincuagésimo
aniversario, que humilde
en la forma, fué opulento
en el fondo de su esencia,
por ser raro privilegio,

tan raro que apenas uno
entre mil logra este evento.

Pude engrandecer la forma,
no carezco de elementos
para haberla abrigantado;
no lo quise porque entiendo
que á Dios agrada lo humilde
y displace lo soberbio. . . .

Aquí surco nuevos mares,
en cuyas aguas encuentro
un escollo, y naufragar
me temo, si en él tropiezo.

XV

La gratitud exaltada
con descomunal empeño
agolpa en mi corazón
apremiantes mensajeros.

¿Mas cómo podré llenar
el profundo y ancho hueco
que tan excelsos favores
vienen cabando en mi pecho
desde el orto de mi vida?

Tuve existencia en un género
superior, como el humano,
cuando Dios en subalterno

orden pudo darme el ser,
ó haberme dejado incierto
en las sombras de la nada.

Sin limitarse á solo esto
se desbordaron sus gracias
y me disgregó de un medio
donde pululaban focos
de jacobinismo infectos.

Y prefiriéndome á muchos
me eligió por modo espléndido
sacerdote de su casa
y de sus mieses obrero.

Pero lo que más me abruma
y fatiga con su peso
son esos largos diez lustros
que sin ser yo un útil siervo
el Señor me ha conservado
de operario en su viñedo.

Y esto excluyendo á no pocos
sacerdotes de alto mérito
que en su edad más floreciente
enfermaron y murieron;
y siendo yo pecador
más grande que todos ellos
me ha permitido las glorias
cantar de mi Jubileo;
y con salud y vigor,
que gracias á Dios conservo,

cuando viejos de mi edad
á esta altura son decrepitos.

Yo me siento avergonzado
de no poder como quiero
expresar á un Dios tan grande
un gran agradecimiento.

En conflicto tan penoso
busco un refugio y apelo
á los ángeles y santos,
á los justos y á los buenos,
á mis parientes y amigos
y á las personas que fueron
mis queridos feligreses;
á todos por mí les ruego
eleven acción de gracias,
mientras yo en el duro suelo
postrado profundamente
ofrezco á Dios. . . . ¡mi silencio!

A. M. D. G.



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA